

Paladines de la libertad *

Hace ya muchos años, en 1958, existía una colección exitosa que bajo el título de *Populibros La Prensa* editaba obras interesantes, a bajo costo y tirajes masivos: una de ellas fue de la autoría de don Isidro Fabela. El título: *Paladines de la libertad*. En sus páginas estaban biografías, retratos, semblanzas de multitud de héroes significativos: Morelos, Hidalgo, Madero, Carranza, Bolívar, Washington, Aquiles Serdán, Bernardo O'Higgins, César Augusto Sandino... Aunque son pequeños textos biográficos sorprende la fuerza de cada uno de ellos, están escritos con pasión y amor, con auténtica admiración y con una prosa fluida y elegante. Sin duda, Fabela seleccionó para este primer tomo (estaba pensando en uno más, advierte en la introducción) los prohombres que más le llamaban la atención. Aparecían algunos de los hombres que dieron la vida por la libertad y la democracia. Es un libro que debería ser puesto de nuevo en circulación, con un prólogo que les recuerde a los mexicanos el enorme escritor, internacionalista, demócrata y político que era Isidro Fabela, un hombre que jugó papeles de extraordinaria importancia tanto al lado de Venustiano Carranza como de Lázaro Cárdenas.

Para este número, seleccionados el que Fabela llama "El apóstol Madero", el político cuyas ideas libertarias permitieron el paso violento y vivificador de la Revolución Mexicana. Si las condiciones para llevar a cabo una transformación profunda ya existían sembradas por la dictadura porfirista, es Madero quien lanza el primer manifiesto y lleva a cabo la acción inicial. Por desgracia, su final es lamentable.

Todo el libro vale la pena de leer, es un hombre notable escribiendo de otros aún más notables: sus héroes. Por obvias razones seleccionamos a don Francisco I. Madero. Dos figuras históricas, dos grandes mexicanos se dan la mano para permitirnos asomar a los entretelones de un movimiento que se adivinaba extraordinario. Desde el inicio, Fabela muestra su asombro: "Cuando vivíamos en un marasmo cívico vergonzante, él nos sacudió el espíritu nacional, que estaba aletargado en la molición de una paz que no existía en las conciencias libres."

Es una lectura imprescindible.

El Búho

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

ISIDRO FABELA

El apóstol Madero

Mientras más avanza el tiempo y se conocen mejor la vida y la obra de don Francisco I. Madero, más estimamos sus altos merecimientos y más comprendemos lo que la patria le debe. Le debe sobre todo su despertar político.

Cuando vivíamos en un marasmo cívico vergonzante, él sacudió el espíritu nacional, que estaba aletargado en la molición de una paz que no existía en las conciencias libres.

Su libro *La Sucesión Presidencial de 1910*, fue la clarinada oportuna que como una "diana" en la aurora abrió los ojos y los oídos del pueblo mexicano, que ansiaba la voz de un apóstol a quien creer, amar y seguir. Y al descubrir que aquel hombre llevaba sobre su frente el halo luminoso del patriotismo, ese pueblo creyó en él y lo amó y siguió como a su libertador. Y con razón, porque el instinto popular, que no se engaña, adivinó que dos virtudes purísimas guiaban los pasos e inspiraban las palabras de aquel predicador civil: el desinterés personal y una inmensa pasión libertaria. Porque ésas fueron las más acentuadas cualidades del caudillo.

Para comprender sus nobles ideales y su elevado valor cívico, es preciso situarse en la época y en el

medio en que inició su campaña política, en 1910; es decir, cuando el Presidente Porfirio Díaz había adquirido como gobernante el poder dictatorial más absoluto; cuando por nada ni por nadie desviaba su voluntad, que era omnímoda. Don Porfirio era el amo de la república; el Poder Ejecutivo era él; el Poder Judicial era él; el Poder Legislativo era él. Los gobernadores de los estados eran todos hechura suya; no hacían sino lo que él mandaba, sin modificaciones, excusas ni recursos.

El pueblo se había acostumbrado a la paz porfiriana con la inercia de una costumbre de treinta años, viviendo sin libertad, porque todos los intentos de rebeldía contra aquel estado de servilismo político, habían sido ahogados con encarcelamientos implacables o con represiones sangrientas.



Margarita Cardena

En ese ambiente de desenfado y mudez política, que había llegado a la inacción servil, la voz audaz, ingenua y valerosa del apóstol Madero, resonó en el alma popular como el anuncio de un resurgimiento nacional, como la esperanza de una conquista libertadora.

El hombre tenía las características requeridas para que el pueblo lo contemplara con asombro, con estima y con respeto. Era rico, no ambicionaba ni poder ni beneficios materiales; era bueno, en sus palabras se traslucía la pureza de sus intenciones y de sus procedimientos, y era al propio tiempo el varón justo y valiente que sabía dónde iba y cuáles podrían ser las consecuencias de sus actos. Por eso decía: "También será necesario tomar en consideración que no soy el historiador frío, sereno y desapasionado, sino el pensador que ha descubierto el precipicio hacia donde se va la patria, y que con ansiedad se dirige a sus conciudadanos para enseñarles el peligro; que debe hablar alto, muy alto, para ser oído; que quiere pintar la situación con colores tan vivos, que logre representarla palpitante y amenazadora, como realmente es; que necesita hablar con vehemencia, para sacudir fuertemente a este pueblo, otras veces heroico y que ahora ve con criminal indiferencia los atentados más inicuos contra su libertad, contra sus sagradas prerrogativas de ciudadanía y, lo que es peor, contra los inviolables derechos del hombre. Hoy, con mirada estúpida o indiferente, ve pasar por sus centros populosos rebaños de carne humana, rebaños que van a la esclavitud, sin que un grito de indignación brote de sus pechos congelados por el terror, sin que una mirada compasiva los acompañe en su cautiverio..."¹

Agregando el certero apotegma de Beule:

"En los atentados contra los pueblos, hay dos culpables: el que se atreve y los que permiten; el que

emprende y los que permiten que se emprenda contra las leyes; el que usurpa y los que abdican.”²

Y luego, el apóstol proseguía su dura crítica con estas palabras:

“...Cuando la libertad peligra; cuando las instituciones están amenazadas; cuando se nos arrebató la herencia que nos legaron nuestros padres y cuya conquista les costó raudales de sangre, no es el momento de andar con temores ruines; con miedo envilecedor, hay que arrojarse a la lucha resueltamente, sin contar el número ni apreciar la fuerza del enemigo...”³

Quienes formamos parte de aquella cruzada emancipadora, con lírico entusiasmo y la más acrisolada buena fe, creyendo, en las ideas de aquel patriota que predicaba la buena nueva de la libertad, nos sentimos orgullosos de reconocerlo como nuestro redentor político, admirando su entereza, escuchando con místico recogimiento sus palabras de honor y de verdad. Como éstas, por ejemplo: “...Creemos haber cumplido hasta donde nos ha sido posible con el ofrecimiento que hicimos desde el principio, de sobreponernos a todas las pasiones bajas y no inspirarnos sino en el más puro patriotismo, a fin de hablar el lenguaje de la patria e interpretar fielmente sus angustias, sus necesidades, sus deseos; sus ardientes aspiraciones.”⁴

“Por otra parte, ningún gobierno había llegado a tener la gran estabilidad y duración del actual.

“De esto ha resultado que de un extremo hemos caído en el opuesto.

“Si antes éramos turbulentos, ahora somos serviles.

“Si antes éramos tan exigentes cuando se trataba de hacer respetar nuestros derechos, y siempre teníamos la carabina en la mano como el supremo argumento, ahora obedecemos sin discutir, las órdenes

más arbitrarias de ínfimos representantes de la autoridad.

“Si antes sólo pensábamos en los grandes intereses de la patria y siempre estábamos listos para volar a su defensa, ahora hemos perdido todo interés por la cosa pública, porque se nos ha enseñado a no mezclarnos en ella, y como nuestras indicaciones en vez de ser oídas, son frecuentemente motivo de persecución, por esta causa sólo pensamos en nuestros intereses particulares, resultando que el sentimiento patriótico ha sido substituido por el egoísmo.

“No discutiremos en este lugar si esta política habrá sido la más conveniente para encauzar debidamente las energías del país.

“Únicamente afirmamos que, al seguir por el mismo camino, no interviniendo el pueblo para nada en el nombramiento de sus mandatarios, corremos el gravísimo peligro de que se establezca entre nosotros, de un modo definitivo, el régimen del poder absoluto, cuyas consecuencias funestas nos hemos esforzado en pintar, a fin de que todos sepan a dónde vamos.

“La adulación, los vicios, el brillo del poder, formarán una venda espesa que cubrirá sus ojos, porque no hay que olvidarlo: el poder absoluto corresponde a quienes lo ejercen y a quienes lo sufren.

“México, por su situación internacional, debe temer más que otros países, las consecuencias del absolutismo.

“Para convencernos de ello, recordemos que la dictadura de Santa Anna nos hizo perder la mitad de nuestro territorio, y la del general Díaz ha cometido faltas tan graves como la guerra de Tomóchic, del Yaqui, la condescendencia exagerada hacia nuestros vecinos del norte, al grado de permitirles que sus flotas hagan sus ejercicios de tiro al blanco y tengan sus depósitos de carbón en la Bahía de la Magdalena y, por último, el haber debilitado a la república matan-

do todo civismo; ésta, que sólo florece al calor vivificante del sol de la libertad, la noche del absolutismo la marchita.”

Por fin, en un arranque de coraje y pasión exclama:

“¡Es necesario salvar a la patria!

“Hagámoslo con la ayuda del general Díaz o sin ella, y aun a pesar de sus esfuerzos en contra, pues primero es cumplir con ese deber sagrado que complacer al general Díaz, y sin vacilación debemos luchar contra él mismo, si es preciso, en el caso de que peligre nuestra existencia, con tal de salvar a la república de los inminentes peligros que la amenazan.”⁵

Su ideario todo es una prueba elocuente y perdurable de su amor a la patria. Sí, Madero amaba a la patria sobre todo ser y toda cosa; y para amarla había comenzado, según el pensamiento de Becon: por amar a la familia. Fue un hijo inmejorable, un hermano ejemplar, un esposo paradigma de respeto, ternura y cariño conyugal.

“No se puede ser buen patriota –decía Silvio Pellico– sin ser hombre virtuoso. El patriota es el que comprende y ama todos sus deberes y piensa cumplirlos...” Madero era así: un virtuoso hogareño y un creyente en el pueblo, al que anhelaba redimir. Por eso decía:

“Yo sólo tengo fe en el pueblo humilde; con él hicimos la guerra...” Era también un valiente.

Recordad algunos hechos históricos que prueban su hombría:

Estando en Ciudad Juárez, cuando Pascual Orozco y Francisco Villa quisieron traicionarlo relevándolo del mando, Madero, sobreponiéndose a los infieles y desprendiéndose de los nervudos brazos de Orozco y Villa, que lo tenían asido para someterlo, con denodado coraje salió rápidamente de la pieza donde estaba y

dirigiéndose a las tropas revolucionarias enfiladas delante del cuartel general, les gritó enardecido:

“¡Soldados, quieren aprehender a su Presidente provisional!”

Y a los gritos estentóreos de “¡Viva Madero!”, los infidentes de un instante retrocedieron arrepentidos, poniéndose nuevamente a las órdenes de su jefe.

Otra ocasión, muy próxima a la anterior, allí mismo, en Juárez, cuando el general Navarro rindió su espada a Guiseppe Garibaldi, entregándosele como prisionero, Orozco y Villa, llenos de explicable odio contra el federal vencido, le pidieron a Madero, con violento imperio, que les entregara al brigadier enemigo para fusilarlo en el acto... Y Madero lo salvó exponiendo su propia vida, no sólo contra la voluntad de aquellos bravos insurgentes, sino contra la voluntad del pueblo enardecido que pedía la cabeza del viejo soldado de la dictadura. ¿Cómo lo salvó? Subiéndolo a su automóvil, resguardándolo con su cuerpo y pasándolo al otro lado del Río Bravo para alejarlo de una muerte segura.

El año de 1912, antes de publicar su libro *La Sucesión Presidencial de 1910*, el señor Madero escribió a su señor padre unas interesantísimas cartas que, aunque tienen el claro sello de la confidencia privada, merecen ser conocidas, porque ellas revelan, dentro de su acendrado amor filial, la nobleza de sus firmes intenciones cuando se lanzó a la lucha libertadora.⁶

Así le decía a don Francisco Madero, Sr.:

“Muy querido papacito: Antes de salir para Cuatro Ciénegas te escribí una carta larga en la cual te exponía las importantes razones que me obligaban a publicar mi libro a más tardar el 25 del actual... En cumplimiento de altos deberes, me lancé a la lucha que tiene por objeto conquistar para mi patria la

libertad, única que permitirá que nos salvemos de la decadencia moral que todo lo invade y que podamos legar a nuestros hijos una patria próspera, feliz, grande; un medio donde puedan desenvolverse libremente, donde puedan evolucionar con facilidad a fin de que cumplan con sus grandes destinos...

“México está amenazado de un peligro inmenso, pues si dejamos las cosas como van, el poder absoluto se perpetuará en nuestro país, la corrupción será aún mayor, y en vez de que nuestra patria pueda cumplir con sus designios... tendrá que sucumbir víctima de la debilidad y de la corrupción de sus hijos...

“Y yo, que debo representar un papel de importancia en la lucha, pues he sido el elegido por la

Providencia para cumplir la noble misión de escribir ese libro; yo, que en el entusiasmo y en la fe que siento reconozco la ayuda de ella, y que en este estado soy reconocido como el jefe por todos los que quieren luchar, sentirme detenido en medio de mi carrera, sentir que una fuerza poderosa detiene mi brazo y me inutiliza para el combate, ¿podrás imaginarte cuál es mi angustia? ¿Y cuál es la fuerza que me detiene? ¿Cuál esa voluntad que quiere oponerse a que yo cumpla con la misión que me ha impuesto la Providencia? La única que podría hacerlo; pues si bien es cierto que no me arredra ni la pobreza, ni la prisión, ni la muerte, sí me arredra desobedecer a mi padre, pues me imagino que al lanzarme a una lucha tan



Leonel Maciel

azarosa sin llevar la bendición del que la Providencia me dio como padre, tendré que fracasar, porque me faltará la fuerza moral necesaria para sostenerme.

“...Papacito querido: Hazme favor de dirigirte con todo fervor a Dios..., a fin de que seas iluminado, a fin de que comprendas el mal tan grande que harás no dejándome en libertad para cumplir con la misión que la Providencia me ha impuesto, y a fin de que tengas valor y energías para cumplir tú también tu misión, que en el caso actual consiste en no entorpecer mi acción, en no desviarme del recto camino que llevo en el cumplimiento de mi deber, en no hacer que fracase en mi empresa, pues si emprendo la lucha debilitado por ti, fracasaré y pagaré hasta con mi vida mi fracaso; pues ya lo sabes, a los que emprendemos estas luchas por la libertad, invariablemente nos espera una corona, pero el éxito hará que sea de laurel; la derrota, que sea de espinas...”

En estas palabras se advierte a las claras que el apóstol sabía hasta qué punto estaban en peligro su felicidad y su vida para obtener las libertades que el pueblo impetraba con apremio.

Con alegría profunda escribe después a su padre, en estos términos:

“...Ayer llegué de Torreón y me encontré con tu telegrama en que me permites que obre libremente y me mandas tu bendición y la de mi mamá. No puedes imaginarte cuán grande ha sido la satisfacción, el orgullo y la emoción que he sentido. Abundantes lágrimas derramé, pero fueron lágrimas llenas de ternura, de dulce y grata emoción, de agradecimiento inmenso para ti y para mi adorada mamacita.”

Aquel llanto de Madero, el hombre cabal transformado en niño, lo ha recogido la historia para demostrarnos la ingenua pureza de su ánimo. Con esas lágrimas que abonaron de entusiasmo sus pasiones patrias, comenzó aquel predestinado la campaña po-

lítica que lo había de llevar primero a la victoria y después al martirio.

* * *

Don Francisco I. Madero no concebía la patria sin la libertad. El poder absoluto le repugnaba; “nuestro sentimiento patriótico ha sido substituido por el egoísmo... –decía, y agregaba–: El pueblo ha perdido sus energías, y la ley su prestigio”.

Y contrario a la dictadura porfirista, clamaba:

“...El pueblo mexicano no debe fiar sus destinos en manos del general Díaz, porque... el poder absoluto corrompe a quienes lo ejercen y a quienes lo sufren.

“Es preciso –decía– tener fe en el pueblo. Nadie se imagina de lo que el pueblo es capaz. Si entre los mexicanos no ha muerto por completo el patriotismo y logramos organizarnos fuertemente, haciendo que la voz de la nación se haga oír potente y vigorosa, quizá el general Díaz se sienta conmovido y las fibras más sensibles de su alma se pondrán en vibración al escuchar la sonora voz de la patria...”

Pero en caso de que sus entrañas no se sintieran impresionadas por la voz de todo un pueblo, entonces, interpretando el sentir de la patria, le dice:

“General Díaz: Pertenecéis más a la historia que a nuestra época, pertenecéis más a la patria que al estrecho círculo de amigos que os rodea; no podéis encontrar un sucesor más digno de vos que la ley, declaraos su protector y seréis la encarnación de la patria.

“Hasta ahora, con el pretexto de dar estabilidad al gobierno, de transformar el espíritu turbulento de los mexicanos..., te has puesto por encima de la ley olvidando tus solemnes compromisos, sosteniéndote en el poder que has usado a tu arbitrio.

“Pues bien, tu obra está terminada: has logrado dar a tu gobierno una estabilidad peligrosa por su duración; el espíritu de todos los conciudadanos lo has transformado de turbulento en servil...”

“¿Cuál es el objeto que persigues ahora, empeñándote en perpetuar tan peligroso régimen de gobierno...? Si por la estéril vanidad de demostrar que tienes más poder que el pueblo, te empeñas en prolongar esta era de despotismo, y si en vez de declararte el representante de los más caros intereses del pueblo, te obstinas en defender los del círculo que te rodea, entonces habrás comprometido el éxito de tu obra... Y tu nombre será escrito en la historia como el de un ambicioso y afortunado militar que, con numerosos elementos a su disposición, sólo supo ser un tirano que nunca cumplió sus promesas más solemnes, que con su desprecio a la ley le hizo perder todo su prestigio, que con su ambición personal llevó a sus conciudadanos al servilismo, y a la república a la decadencia...”

Estos documentos históricos iluminan la personalidad purísima de don Francisco I. Madero; nos descubren, al par, las buenas intenciones que tuviera respecto al general Díaz, y al propio tiempo, su energía para el caso de que el dictador no quisiera escuchar, como no quiso la voz de la prudencia y del verdadero patriotismo.

Esas cartas demuestran, con su candor y sencillez, que aquel iluminado obraba con el desinterés personal más absoluto; lo único que anhelaba era el bien de su patria, a la que amaba con un fervor hasta entonces desconocido. Por la transformación política de México, él estuvo dispuesto a luchar, sin importarle “la pobreza, la prisión o la muerte”.

Él adivinaba que el triunfo pondría sobre su frente una corona de laurel, y que la derrota trocaría los laureles en espinas; y, consciente de su destino, fue a él en busca de la libertad. Y sucumbió en la contienda con el halo del martirio sobre su frente.

Por eso, al dejar la patria en febrero de 1913, escribí en La Habana estas palabras impregnadas de angustia y rebeldía, de esperanza y amor:

“Madero fue como todos los alucinados, como todos los videntes, como todos los apóstoles: admirado y escarnecido, bendecido y burlado; odiado hasta la muerte y glorificado hasta la inmortalidad.

“Fue indiscutido por la admiración delirante de todo un pueblo, y cayó al golpe rudo del pasado, resentido siempre con los flamantes ideales del porvenir.

“Fue un rebelde, pero no un rebelde demoleedor de vidas, sino un rebelde propagador de ideas.

“Su palabra no era de artista para conmover, sino de sembrador para crear. Pasó por la República Mexicana como un Mesías, predicando la buena nueva de la libertad y de la democracia, y murió al despedido golpe de la reacción.

“Era un gran bueno que ascendió al suplicio sin rencores ni esperanza de recompensas.

“Podría estar engañado, pero no sabía engañar. Sus ojos de niño genio no mentían nunca; sus manos misericordiosas jamás temblaban, nunca se abatía su frente, nunca desmayó su voluntad.

“No conoció el remordimiento ni el odio y practicó el perdón.

“Soñaba en el bien y desdeñaba el mal.

“Para él, todos los hombres eran buenos mientras no le demostraran lo contrario.

“Vivía como un bienaventurado, sin temor ni amarguras, sin rencores ni odios; con una confianza inhumana para los hombres y una fe ciega en el porvenir.

“Soñaba como los justos, sentía como los misericordiosos, pensaba como los redentores.

“Era un santo laico.

“Como a la Doncella de Orleans, un día lo conquistó una idea libertaria, y se transformó de hombre en apóstol, con toda su alma y con toda su vida.

“Era un cerebro con una sola idea: libertad; y un corazón con una sola palabra: amor.

“Han dicho en mi patria, inolvidable y amada, que Madero no fue de estas edades; que podría haber dicho como Juan Clement Zenea: ‘Mis tiempos son los de la antigua Roma, y mis hermanos con la Grecia han muerto’.

“No, Madero fue oportuno en su apostolado como fue oportuno en su martirio.

“México necesitaba después de un dictador omnipotente, un alucinado audaz, y ese inmortal alucinado y apóstol fue Madero. Nació para ser un símbolo: por eso fue a la muerte en la escala envidiable del martirio.

“No maldigo a sus verdugos, porque con el sacrificio de Madero crearon una nueva gloria nacional.

“¿Que fue un mal gobernante? Tal vez; los gobernantes no se improvisan como los apóstoles. Tuvo debilidades: creyó en la sinceridad de los hombres, creyó en la gratitud de los pueblos. Temperamentalmente bondadoso, ‘quiso contentar a todos y contentó a muy pocos’. Así decía en su prisión el penúltimo día de su existencia.

“Es verdad y quizá es mejor: si viviera seguiría siendo irremediamente bueno; muerto, es un maravilloso símbolo democrático y una bandera invencible.”

¹ *La Sucesión Presidencial en 1910*, por Francisco I. Madero. México. Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Tercera edición, copia de la segunda. 1911. Págs. 28 y 29.

² M. Beule, *El Proceso de los Césares*, cita tomada de *La Sucesión Presidencial en 1910*, op. cit., Pág. 30.

³ Francisco I. Madero, op. cit., Pág. 31.

⁴ Francisco I. Madero, op. cit., Pág. 346.

⁵ Francisco I. Madero, op. cit., de la Pág. 347 a la 350.

⁶ Esta carta y las siguientes que transcribo están tomadas de la obra *Madero*, escrita por “uno de sus íntimos”, Crater. Oficina Editorial Azteca. México. Pág. 187 y siguientes.

* Tomado del libro *Paladines de la libertad*. Isidro Fabela. Populibros “La Prensa” México, D. F. 1958. 269 pp. ■



Javier Anzures